

ORIGENES DE LA DIFUSION DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN FRANCIA (2.^a Parte del siglo XVI)

SABINA COLLET SEDOLA

Universidad de las Antillas (Martinica)

Dos aportes fundamentales se sitúan al origen de la enseñanza de la lengua española en Francia. El primero está constituido por toda la serie de repertorios léxicos, más o menos amplios, que se fueron publicando, inicialmente en Flandes, alrededor de 1530 y que luego, sustancialmente aumentados, alcanzaron extraordinaria difusión en todos los países cultos de Europa. También corrían entonces sencillos manuales de conversación en los que la doctrina gramatical estaba prácticamente ausente. La forma y tamaño de tales obritas parecen indicar que se trata de libros de bolsillo, fácilmente manejables, destinados a auxiliar a los viajeros y a los que entretenían relaciones comerciales con países extranjeros ya que ofrecían un material lingüístico directamente utilizable. Consta positivamente que, a mediados del siglo XVI, un número elevado de forasteros transitaba por Flandes o demoraba allí durante un plazo más o menos largo; pues la tropa española congregaba militares de cinco naciones distintas. Durante la segunda mitad del siglo XVI hay que tener en cuenta también el valioso aporte de algunos eruditos aislados, conocedores de los idiomas clásicos y de dos o más idiomas modernos, que habían llevado a cabo trabajos personales reflexionando sobre diferentes hechos lingüísticos. A menudo trataron de resolver empíricamente varias cuestiones fonéticas que resultaría sumamente interesante reconsiderar a la luz de la lingüística contemporánea. Con respecto al estudio del castellano, la Francia de fines del siglo XVI cuenta con unos valiosos precursores hoy totalmente caídos en el olvido.

Mediante estas notas trataremos de ofrecer una visión de conjunto de ambas contribuciones. Si su desarrollo fue paralelo, la intención y cabida doctrinal fueron muy disímiles. Sin embargo, una y otra confluyeron fructuosamente preparando el singular florecimiento que se hace manifiesto en el siglo XVII.

El más antiguo manual para aprender el español, el francés y el flamenco fue publicado en Amberes en 1520. Consta que había pertenecido al bibliófilo Fernando Colón, hijo natural del insigne navegador el cual, al catalogarlo, apuntó lo siguiente:

«Vocabulario para aprender francés, español y flamini... Non procedit por ordine alphabeti, sed ponit unam clausulam gallicam et aliam idiomae flaminio et postea hispanico. Est in 4.3 col. Antverpiae, anno 1520...»¹.

Medio siglo después de la publicación del *Arte de la lengua castellana*, de Elio Antonio de Nebrija, se editó en Flandes la *Útil y breve institución para aprender los principios y fundamentos de la lengua española* (Lovaina, 1555) tratadillo trilingüe en español, francés y latín para enseñar el castellano a los extranjeros. Sin autor conocido, los que se refieren a la obra suelen indicarla llamándola «Anónimo de Lovaina, 1555»².

La *Útil y breve institución* ofrece algunas normas de pronunciación, ejemplos de conjugaciones verbales, y varias listas de adverbios, preposiciones, interjecciones, diminutivos, aumentativos. Hay también unas «Reglas generales para conocer algunos nombres peregrinos» que reúnen términos de procedencia varia, máxime árabe, además de una curiosa «Epístola latina et hispánica» en alabanza de la nación española comparada con Francia su eterna rival.

Este anónimo tratadillo trilingüe, concebido «ad discende prima rudimenta linguae hispanicae», está relacionado con la prodigiosa difusión de los vocabularios políglotas que iban entonces propagándose por todos los países cultos de Europa. El núcleo primitivo de tales obritas está constituido por la primera edición del *Vocabulaire* bilingüe, en francés y flamenco, del profesor de lenguas Noël de Berlaimont, publicado en Amberes en 1530 (o 1536)³. Además del léxico, el libro ofrecía un compendio de las normas de pronunciación, unos diálogos, y algunos ejemplos de cartas comerciales y de plegarias.

A imitación del *Vocabulaire* empezó a editarse una serie extraordinaria de manuales de intención fundamentalmente divulgadora cuya fortuna aumentó sin cesar a lo largo del siglo xvi y perduró también durante la centuria siguiente. En estos libritos, el español apareció por la primera vez en el año 1551, junto con el alemán, el francés y el latín. Desde 1556 en adelante, las ediciones en cuatro lenguas se multiplicaron. El latín desapareció muy pronto, siendo sustituido por el flamenco. La última edición de esta serie vio la luz en Ginebra a mediados del siglo xvii. Así pues, a consecuencia de un sinnúmero de cambios, adiciones, supresiones, revisiones, el diccionario pasó de cuatro, a seis lenguas en 1576 y ocho en 1598. De su primera edición bilingüe, a la última en ocho idiomas —italiano, francés, flamenco, español, inglés, alemán, portugués, latín—, el vocabulario de Noël de Berlaimont, de 98 páginas, llegó a tener más de cuatrocientas.

¹ Véase J. CHASTENAY (seudónimo de R. Foulché-Delbosc); «Etude historique sur les relations commerciales entre la Flandre et l'Espagne au Moyen Age», *Revue Hispanique*, 6 (1899), págs. 247-248.

² A. Alonso piensa que el autor haya sido FRANCISCO DE VILLALOBOS, que redactó la parte española del *Vocabulaer en vier spraken* (Lovain, 1551). Véase su artículo «Identificación de gramáticos españoles clásicos», *Revista de Filología Española*, 35 (1951), págs. 221-224. Véase también la ed. facsimilar estudiada por A. ROLDÁN, Madrid, CSIS, 1977.

³ A. M. GALLINA, *Contributi alla storia della lessicografia italo-spagnola nei secoli xvi e xvii*. Firenze, Leo S. Olschki, 1959, pág. 76.

Notamos que en estos textos las listas de verbos, clasificados según la voz del infinitivo, revisten una importancia particular. El léxico se refiere principalmente a temas relacionados con la vida cotidiana y los negocios. Desprovistos de ambiciones científicas o eruditas, tales vocabularios se revelaron, sin embargo, de inestimable utilidad para la vida práctica. Fueron además los precursores de una serie de diccionarios políglotas de mayor alcance cultural. Aludimos a los llamados «calepinos» que también proliferaron abundantemente en la segunda parte del siglo XVI.

Antes de referirnos a ellos nos parece oportuno mencionar uno de los primeros diccionarios incluyendo el francés y el español que se publicó en Francia en 1552: *Le dictionnaire des huit laingages: c'est à sçauoir grec, latin, flameng, espagnol, italien, anglais et aleman*. Su procedencia hay que buscarla en un humilde vocabulario anónimo, en alemán y toscano, editado en Venecia en 1477. Este fue sucesivamente aumentado y modernizado dando lugar a una larga serie de léxicos en los cuales el francés y el español aparecen por la primera vez en la edición de Venecia de 1526. La obrita, que encierra la consabida nomenclatura en cuatro idiomas, ofrece en la parte final unos curiosos ejemplos de locuciones idiomáticas. En Francia el *Dictionnaire* tuvo un éxito relativamente escaso. Pues sólo conocemos ocho ediciones entre 1542 y 1580. Ello se explica con la difusión alcanzada entonces por los «calepinos» cuya concepción correspondía más a la inclinación y gusto del público francés. Esos afortunados léxicos políglotas remontan a la obra de Ambrogio da Caleppio, eminente lingüista italiano del siglo XV, el cual había dedicado treinta años de su vida a la redacción del diccionario que lleva su nombre, editado en Reggio en 1502. La obra, primitivamente escrita en latín, fue sucesivamente ampliamente refundida y aumentada tan por ilustres lingüistas como por humildes lexicógrafos. Según Beaulieux, la primera edición en la que figuran el francés y el español, junto con el griego, el latín y el italiano fue la de Lyon, 1564⁴. A pesar de tratarse de un texto voluminoso —pues constaba de 1200 páginas— su éxito fue inmediato. En Lyon y en París las ediciones se multiplicaron. De cinco lenguas en 1564; vino a tener diez en 1588 (latín, griego, hebreo, italiano, francés, español, alemán, inglés, polaco, húngaro).

A la singular fortuna de los calepinos se asocia la del *Nomenclator*, obra que también contribuyó notablemente a la difusión del estudio de los idiomas extranjeros en Francia. Su autor fue el médico holandés Hadrien Junius, cuya biografía indica que tuvo una existencia singular y admirable. Pues sabemos que desde su mocedad tuvo la suerte de estudiar, vivir y ejercer su oficio en varios píses: Flandes, Francia, Italia, Inglaterra. En Holanda se le consideró el erudito más eminente de su siglo⁵.

Junius nos dejó un número importante de obras de medicina, historia y varios comentarios de textos clásicos griegos y latinos. Sus valiosas cualidades de lingüista aparecen tan en el *Lexicon graeco-latinum* (Basilea, 1548) como en el *Nomenclatur octolinguis omnium rerum propria nomina continens* (Amberes, 1567). El libro resulta dividido en dos partes constituidas, respectivamente,

⁴ *Ibid.*, págs. 96-112.

⁵ P. BAYLE, *Dictionnaire historique et critique*. Rotterdam, chez Michel Bohm 1720, t. II, págs. 1583-1584.

de 59 y 26 capítulos, aparentemente conformes al esquema tradicional: «De homine et partibus humani corporis; de animalibus quadripedibus; de avibus; de cibis; arborum nomina...». El *Nomenclator* consta esencialmente de una lista de términos (máxime sustantivos, a veces completados por un adjetivo) que el autor dispuso según su propia lógica y no alfabéticamente. El texto latino ofrece la traducción en griego, flamenco, alemán, francés, italiano, español e inglés. A veces la traducción falta, sobre todo en inglés. Debido a su honda cultura clásica y a las fructuosas estancias en varios países europeos, Junius dominaba todos los idiomas repertoriados. A pesar de que nunca haya vivido en España sus biógrafos afirman que conocía muy bien el castellano⁶. Hay que reconocer que la competencia del autor en este dominio particular, revela varias inseguridades y que, para su *Nomenclatura*, aprovechó los adelantos de Nebrija y la riqueza léxica de los calepinos.

A lo largo de los siglos xvi y xvii las ediciones del *Nomenclator* fueron numerosas, tan en Francia como en el extranjero. Queremos apuntar sin embargo que, pese a la aparente conformidad estructural, el contenido de esta obra es en buena parte original. Pues Junius no ha pasivamente imitado a los análogos repertorios léxicos preexistentes, sino intentó «crear» una nomenclatura dispuesta por temas y conformemente con su propia lógica. Nos atrevimos a afirmar que el *Nomenclator* fue tal vez el mejor léxico de uso práctico del siglo xvi.

La obra de Junius fue imitada por el teólogo prusiano Heinrich Decimator⁷ y, directa o indirectamente, por numerosos gramáticos del siglo xvii.

El renombre de los vocabularios que acabamos de considerar estuvo vinculado con las posibilidades de utilización práctica que cada serie, en mayor o menor grado, poseía. De esta manera, la frecuencia de las ediciones y el número de los idiomas repertoriados vinieron a ser sinónimo de calidad, determinando su eventual fortuna que ya no dependía de si la obra fuese o no de autor conocido. En este aspecto reside la diferencia fundamental que separa la innumerable serie de vocabularios políglotas de los trabajos de unos lingüistas aislados, españoles, franceses y flamencos del siglo xvi.

Juan Martín Cordero, Gabriel Meurier, Jacques Bourgoing, Antonio de Corro, N. Chanpentier, son nombres aun hoy día sepultados en el olvido. Según creemos, no dejaron ningún influjo directo sobre los lingüistas de la centuria siguiente. Sin embargo, a ellos se debe una serie de notables adelantos lingüísticos que reflejan la progresiva toma de conciencia de los múltiples problemas tocantes al estudio comparado de los idiomas modernos. En este dominio, ellos fueron poco a poco aclarando y hasta a veces resolviendo, dudas y obstáculos que permitieron aquella paulatina maduración científica que obrará positivamente en el siglo xvii.

El nombre y apellido de Juan Martín Cordero permitirían suponerlo de origen peninsular, aunque el autor declare no haber sido natural de España.

⁶ NICERON, *Mémoires pour servir à l'histoire des hommes illustres dans la république des lettres*, Venise, 1751, t. viii, págs. 19-18.

E. TEZA, «Intorno al *Nomenclator* de Hadrianus Junius. Brevi osservazioni», *Atti del R. Istituto veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, 67 (1902-1903), págs. 637-682.

⁷ HEINRICH DECIMATOR, *Sylva Vocabulorum*, Lipsia, 1580.

Español o flamenco de adopción, Cordero nos dejó unas interesantes consideraciones acerca de la pronunciación y ortografía del castellano del siglo XVI. Sus preceptos se hallan reunidos en el capítulo final de una obrita de compilación cuyo título dista mucho de hacernos suponer la presencia de páginas dedicadas a cuestiones gramaticales. Pues al final de *Las quejas y llanto de Pompeyo* (Amberes, 1556), hay un capítulo intitulado «La manera de bien escribir en castellano o para corregir los errores generales en que todos casi yerran...»⁸. Cordero declara que compuso esta parte movido por el deseo de auxiliar a los maestros de escuela, a los que escriben libros y a los impresores que los editan. Nos enfrentamos con un conservador que reconociendo muy a pesar suyo que la lengua española iba perdiendo rigor y pureza, sinceramente se empeña en «reformar lo que tan fácilmente se puede corregir».

Las numerosas observaciones de Cordero a propósito de la pronunciación y ortografía del castellano merecen un estudio particular, máxime si las relacionamos con la fecha tan temprana en que fueron formuladas.

Gabriel Meurier fue seguramente uno de los primeros extranjeros que se dedicó a la enseñanza sistematizada del castellano. No sabemos cómo y dónde este profesor flamenco aprendió el español. Consta que lo conocía muy bien ya que lo enseñaba en Amberes en 1550⁹.

Meurier escribió alrededor de veinte obras, todas destinadas a la didáctica de los idiomas extranjeros; sin embargo, sólo una parte de su producción se relaciona con el español. A este propósito recordamos las *Coniugaisons, règles et instructions... pour apprendre françois, italien, espagnol et flamen* (Amberes, 1558) y la *Breve instruction contenant la manière de bien prononcer et lire le françois, italien, espagnol et flamen* (Amberes, 1558). Ambas obritas fueron nuevamente editadas en 1568, esta vez ampliadas y puestas al día, con mucho acierto. Meurier no pudo evitar el influjo de Nebrija. Es más: no vaciló en refundir abundantemente la célebre gramática castellana.

Para completar sus repertorios didácticos el maestro flamenco escribió también el *Thrésor de sentences dorées* (Lyon, 1568), el *Recueil de sentences notables* (Amberes, 1568) y los *Coloquios familiares* (Amberes, 1568), obrecillas de compilación destinadas a los de sus lectores que conocían dos o más idiomas. De esta manera el pedagogo ambicionaba mejorar la competencia gramatical y léxica de los aficionados ahorrándoles el agobio del aprendizaje teórico. Bajo este punto de vista, Gabriel Meurier es el típico precursor de los maestros de lenguas españoles y franceses de la época de Luis XIII. Aludimos principalmente a César Oudin y Ambrosio de Salazar.

Entre los eruditos franceses del siglo XVI, Jacques Bourgoing destaca por la inclinación extraordinaria que manifestó para con el estudio comparado de los idiomas y la investigación etimológica. De él sabemos muy poco. Consta que fue uno de los consejeros de Enrique III y «home docte ès langues et bien versé en la poesie latine»¹⁰. La epístola al rey, que figura en los preliminares del

⁸ Hoja 107-h. 124.

⁹ CAROLINE B. BOURLAND, «Algo sobre Gabriel Meurier», *Revue Hispanique*, VI (1938), págs. 139-152.

¹⁰ L. MORERI, *Le grand dictionnaire historique*, París, Les libraires assciés, 1759, t. II, pág. 186.

Origine, usu et ratione... linguae gallicae, italicae et hispanicae (París, 1583), nos informa que Bourgoing había viajado a «pays loingtains» donde, «par lire et oüir», había aprendido varios idiomas que perfeccionó constantemente mediante la atenta lectura de selectos escritores, tan antiguos como modernos ¹¹. Añade el autor que su afición al estudio de la etimología se había despertado, siendo él todavía mozo y estudiante. En ese entonces había concebido el plan de la obra a la que se consagró completamente durante doce años que recordó más tarde como una época «d'un profond et agréable loisir». Bougoing poseía un hondo conocimiento de la cultura clásica. Sabía el latín a la perfección, así como el griego y el hebraico. Demostró ser menos versado en italiano y en español. Pues hay en el *De origine, usu, et ratione*, varios errores que, sin embargo, no menguan el interés que otorgamos al texto.

La obra que consideramos se limita a la letra «A» y también esta parte está sin terminar. Consciente de la singularidad de sus investigaciones y de la imposibilidad de llevar a cabo tan desmedido proyecto, Bougoing espresó el deseo de que la obra sirviese para «encourager les vertueux esprits» a que la continuaran. Sería impropio considerar este tratado como un diccionario trilingüe. Pues dista mucho de parecerse a las obras de ese tipo hasta aquí consideradas. Corresponde más bien a un texto de erudición que se funda en la comparación de términos franceses, italianos y españoles repertoriados, definidos, explicados mediante notas históricas y etimológicas. No consta que el *De origine, usu et ratione* haya dejado alguna influencia directa sobre los diccionarios y gramáticas publicados posteriormente.

Señalamos también que en la epístola a Enrique III que precede el texto, Bourgoing resume las teorías lingüísticas de su época. Huelga decir que no faltan errores, entonces generalmente admitidos, como, por ejemplo, el de hacer derivar el griego y el latín de la lengua hebraica. Sin embargo, los aciertos son múltiples, principalmente en el dominio de la filología y con respeto al origen e historia de las lenguas neo-latinas.

Erudición, empeño, curiosidad y entusiasmo están a la base de las investigaciones de este oscuro lingüista convencido de que «... l'intelligence des mots est l'intelligence de toutes choses... par le moyen... de l'étymologie on peut... paruenir à la loubable Encyclopedie et instruction générale de toutes choses...» ¹². Esta declaración ilustra perfectamente la finalidad que solía inspirar las primeras investigaciones de lingüística comparada.

De carácter muy distinto es la aportación del fraile jerónimo Antonio de Corro. Nacido en 1527 y natural de Sevilla, Corro pasó la primera parte de su vida en Andalucía. A los treinta años, habiéndose convertido al protestantismo, tuvo que desterrarse para evitar los tormentos de la Inquisición. Junto con once monjes del convento de San Isidoro del Campo, huyó a Ginebra y luego halló refugio en Losana. En 1559 regresó a Francia. Merced una carta de presentación de puño y letra de Calvino, encontró amparo en Nérac, sede de la corte de la reina de Navarra. La soberana confió a Corro la educación de su hijo, el futuro Enrique IV, que tenía entonces seis años de edad.

¹¹ Prél., pliego aII-f. (Ij).

¹² *Ibid.*, pliego (eIIj).

En cualidad del preceptor, Corro enseñó el español y el latín al joven monarca durante dos años. En 1561, después de la matanza de los hugonotes en Vassy, Enrique IV fue llevado a la corte de Francia y Antonio Corro tuvo que buscar amparo en Tolosa. Expulsado de allí por decreto real, nuestro autor se refugió primeramente en Aquitania y luego, en 1566, en Amberes. La persecución religiosa del duque de Alba le obligó a desterrarse otra vez llevándolo sucesivamente a Londres y a Oxford, donde consta que vivió entre 1581 y 1585. Es probable que su existencia errabunda se haya acabado en Inglaterra, entonces tierra de asilo de numerosos heterodoxos tan españoles como franceses¹³.

Antonio de Corro es el autor de las *Reglas gramaticales para aprender la lengua española y francesa confiriendo la una con la otra según el orden de las partes de la oración latina* (Oxford, 1586). El texto había demorado manuscrito hasta la fecha de su publicación en Oxford donde fue editado sin el nombre del autor. En las *Reglas*, Corro sistematizó una serie de notas reunidas personalmente en la época en que había sido el preceptor del futuro Enrique IV de Navarra. Amado Alonso afirmó que este tratadillo es esencial para la reconstitución de la antigua pronunciación española y comprobó además que las *Reglas* son el texto original de la *Spanish Grammar* que Corro publicó en Londres en 1590 declarando esta vez su nombre. Sabemos que en Inglaterra el libro tuvo indudable repercusión y fue objeto de los plagios frecuentes en la época.

Richard Percyvale, autor también de una *Spanish Grammar* (Londres, 1599), debe muchísimo a la doctrina del heterodoxo español. En Francia, sin embargo, su influjo fue improbable o sencillamente nulo. Pues no consta que las *Reglas* hayan servido de pauta a los gramáticos franceses y españoles del siglo XVII.

Cerramos estas notas recordando la primera verdadera e importante gramática española publicada en Francia y especialmente concebida para el público francés: *La parfaite methode pour entendre, escrire et parler la lingua espagnole*, de N. Charpentier. La obra fue editada anónimamente en París en 1596.

Pierre de l'Estoile apuntó en su célebre diario que Charpentier había participado a una conspiración en favor de España destinada a fomentar la desestabilización del nuevo gobierno de Enrique IV. Descubierta el complot, el rebelde fue condenado a sufrir el tormento de la rueda y públicamente ejecutado en 1597¹⁴. Siendo las circunstancias políticas particulares hostiles a la difusión de la cultura española, no ha de extrañarnos que la gramática de Charpentier haya caído inmediatamente en el olvido¹⁵. Se trata, sin embargo, de un libro valioso y original que debe poco a los lingüistas del siglo XVI, amén de la inevitable influencia de Nebrija y del gramático Giovanni Miranda. Charpentier fue un erudito insigne, un polígloto de esmerada cultura y, tal vez, el primer verdadero hispanista francés.

¹³ E. BOHEMER, *Spanish Reformers of two centuries from 1520*, Strasbourg, 1904, t. III, págs. 1-146.

¹⁴ PIERRE DE L'ESTOILE, *Mémoires-Journaux*, París, 1879, t. VIII (1595-1601), pág. 91.

¹⁵ A. MOREL-FATIO, *Ambrosio de Salazar ou l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII*. París, A. Picard, 1901, págs. 93-94. La misma suerte tocó a la *Grammaire et observations de la langue espagnole*, de CÉSAR OUDIN, editada en París en 1597.

Según la explícita intención del autor, *La parfaicte methode*, hubiera tenido que constar de dos partes, la primera dedicada a las reglas gramaticales y la segunda destinada a enseñar el estilo y técnica de la redacción y traducción en castellano. Lastimosamente, esta última parte no figura en el texto que hemos podido examinar.

En *La parfaicte methode*, el autor insistió incansablemente sobre la importancia de comprender la estructura y funcionamiento de las lenguas mediante la inteligencia y cotejo de sentencias procedentes de las obras de autores selectos. Preconizó el conocimiento sistemático de la etimología de las palabras con el fin de facilitar su fijación en la memoria. Desde el punto de vista metodológico, el tratado de Charpentier se funda en un sistema eminentemente comparatístico que obliga al lector a referirse a las lenguas italianas, española, portuguesa, latina y griega. Los ejemplos que respaldan las normas han sido sacados de textos de varios autores clásicos y contemporáneos —Pietro Bembo, Jacopo Sannazaro, Ludovico Ariosto, Ronsard, Alfonso el Sabio, Alonso de Ercilla, Boscán, Antonio de Guevara, Garcilaso de la Vega, Juan de Mena, Jorge de Montemayor—. Relativamente al idioma español, la competencia de Charpentier es excelente. Particular interés revisten sus observaciones a propósito de la pronunciación de las consonantes, de los diptongos y de los triptongos, así como sus notas sobre las alteraciones fonéticas acarreadas por las inflexiones regionales.

En estas obras y en estos autores se fundan los conocimientos gramaticales y léxicos que los franceses del siglo xvii tuvieron de la lengua española. Cabe subrayar el interés constante que había llevado a los lingüistas de la centuria precedente a empeñarse tan arduosamente en el estudio comparado de los idiomas. Huelga recordar otra vez el éxito de los léxicos y manuales políglotas. Teniendo en cuenta el prejuicio, generalmente admitido en el siglo xvi, según el cual las lenguas vulgares no podían ser sometidas a reglas siendo este privilegio el atributo de las lenguas clásicas, no ha de extrañarnos que las primeras obras destinadas a la enseñanza de los idiomas extranjeros se redujesen a meras listas de términos divididos según esquemas más o menos fijos. Merced a estos aportes, en Francia la progresiva evolución hacia el estudio peculiar del español o del italiano se realizará plenamente durante el reinado de Luis XIII y Luis XIV a menoscabo del latín que desaparecerá prácticamente de todos los manuales destinados a la didáctica de las lenguas modernas.

La originalidad del intento de los lingüistas conocidos y desconocidos del siglo xvi y la magnitud del esfuerzo emprendido parecen demostrar que ya los tiempos eran maduros para que se hiciese posible el estudio sistemático del español en Francia, hecho que se realizará a lo largo del siglo xvii con el aporte de los gramáticos nacionales —César Oudin, Jean Pallet, Jean Saulnier, Jean Doujat, Antonio Oudin, Claude Dupuis, Claude Lancelot— y de los profesores de lenguas españolas —Ambrosio de Salazar, Juan de Luna, Jerónimo de Tejeda, Simón Deza y Sotomayor.